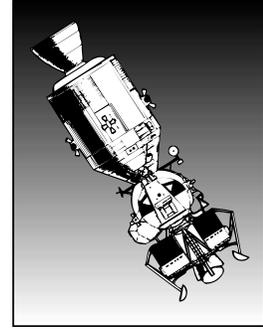


# Cuando El Hombre Conquista El Espacio



Tres hombres pasan la Navidad a un cuarto de millón de millas de distancia de la Tierra.

Era temprano por la mañana en la Navidad de 1968 cuando tres valientes astronautas del Apolo 8 finalizaban sus veinte horas de viaje en la órbita de la Luna, ya listos para emprender el regreso a la Tierra en un vuelo de 250.000 millas (425.000 kilómetros).

Se trataba de una hazaña nueva y necesaria para planear con seguridad, en una fecha próxima, el alunizaje del hombre. Borman, Lovell y Anders, eran en efecto, los primeros seres humanos que exploraban toda la superficie del satélite, inclusive su cara oculta, desde una distancia tan pequeña como 100 kilómetros para tomar nota en detalle de todos los accidentes y cerciorarse con respecto al lugar más favorable para el planificado descenso.

En este histórico vuelo, las comunicaciones entre la nave espacial y la base de control se cortaron durante 22 minutos de tenso silencio que necesitó el Apolo, después de haber desaparecido de la vista, para recorrer la parte de su órbita correcta. Pero cuando al final de ese lapso, en la base de control los hombres de ciencia escucharon de nuevo la voz del comandante de la nave del espacio, irrumpieron en expresiones de ruidoso júbilo por la seguridad de que todo estaba en orden.

¿Qué pasa a bordo? Los tres navegantes estaban casi exhaustos; habían efectuado las tareas que cada uno tenía asignadas con vivo interés y completa dedicación.

Pese a ellos, plasmados los astronautas por la inmensidad aterradora del espacio infinito, observando la Tierra a la distancia, del tamaño de un puño, y consternados por la magnificencia abrumadora del universo de Dios, no hallaron mejor expresión del asombro y la devoción que los dominaba, que el envío de un mensaje de la Palabra de Dios.

En efecto, minutos antes que la astronave llegara a la línea que divide la luz de las sombras, Borman, Lovell y Anders se turnaron para leer con toda solemnidad y

convicción los primeros diez versículos del capítulo primero del Génesis, primer libro de la Biblia, que comienza diciendo: “En el principio creó Dios los cielos y la tierra.”

Tres hombres habían arriesgado su vida en una empresa científica de crucial importancia. A ella se refiere el célebre astrónomo británico, Sir Bernard Lovell diciendo que era “uno de los momentos históricos en el desarrollo de la raza humana.” Estos tres hombres notables no hallaron mejor manera de manifestar su fe inquebrantable en el Creador del universo y tributarle su arrobada admiración, que leyendo el relato que la Biblia hace de la creación, precisamente la parte del Sagrado Volumen que más resulta atacada en estos días de progreso tecnológico.

El pasaje no podría haber sido mejor elegido; porque de la aceptación o del rechazo del relato de la creación depende toda filosofía de la vida que nos convierte en seres hechos a imagen de Dios, dotados de voluntad y responsabilidad, o en entes automáticos, llegados a la existencia por la ley del acaso, como fruto de un problemático e indemostrable proceso de evolución que habría actuado durante muchos millones de años.

Innumerables personas hoy en día, desconocedoras de los hechos reales, y siguiendo declaraciones que no tienen fundamento, suponen que la Biblia es un libro anticuado, que hace mucho tiempo ha dejado de ser actual o apropiado.

Pocos, en realidad, pensarían que un libro escrito hace miles de años, por admirable que fuera, pudiera estar al día en esta maravillosa década científica en que vivimos, y pudiera encarar un criterio actual de los problemas sociales, filosóficos, morales y hasta científicos de nuestra era espacial. Sin embargo, tal es el caso con la Biblia, a la cual se le da con justicia el título de Palabra de Dios.

La inspiración divina de esta fuente literaria de sabiduría, consuelo y poder, ha sido ampliamente documentada por sus numerosas profecías.

Por eso, quien estudia la Biblia y analiza sus profecías, comparándolas con el devenir histórico, llega a la inevitable conclusión de que sólo quien creó los astros y rige su vuelo por el espacio, sólo quién creó el planeta y gobierna la marcha de la historia, pudo haber tenido la capacidad de predecir de manera exacta los acontecimientos del lejano futuro, y pudo dejarlos registrados en un documento escrito como lo es la Biblia.

- Dr. Fernando Chaij.